

Reseña de *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud*, de María Epele

Eliana Gubilei

CONICET, CISH, Argentina
elianagubilei@yahoo.com.ar

La investigación llevada adelante por la autora del libro está regida por el problema de identificar cómo los cambios en el uso de las drogas acompañaron las modificaciones en la vida cotidiana en los barrios “pobres” del Conurbano Bonaerense. Busca identificar, en este sentido, las modificaciones del lazo social vinculadas con la circulación y uso de drogas a la luz de las consecuencias de la crisis 2001 – 2002 y las reformas económicas y políticas de la década del ’90. El objetivo de este trabajo es reconocer los modos en que los procesos macro-sociales, políticos y económicos se hacen presentes en los sectores populares, no a modo de impacto sino visualizando cómo estos procesos toman forma y fragilizan, modelan y son modelados, se hacen evidentes, se ocultan o naturalizan; es decir, cómo son vividos, corporizados, padecidos, resistidos y simbolizados por dichos conjuntos sociales.

A los fines de poder abordar esta problemática, el análisis y la construcción argumental del trabajo se realizan en dos niveles. Encontramos, así, un nivel macro-sociológico, en el que se trabaja con datos estadísticos sobre el consumo de drogas (utilizando como fuentes secundarias las cifras de la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y lucha contra el Narcotráfico – SEDRONAR), cifras relativas a la epidemia de VIH- Sida en Argentina (fuente primaria de datos elaborados para la investigación) y algunos estudios sociológicos referentes a la crisis 2001 – 2002 en nuestro país (aquí aparecen citados: Míguez, Svampa, Grimson y Kessler, entre otros). El segundo nivel, el microsociológico, es el que se corresponde con el trabajo etnográfico propiamente dicho. La antropóloga ha trabajado en tres barrios del Conurbano Bonaerense por un período de cuatro años (2001 – 2005), a los fines de poder identificar los diversos tipos de sustancias consumidas y las diferencias en los modos de uso y sus variaciones en el tiempo. La mayoría de los/as informantes que aparecen en la etnografía son personas de entre 25 y 40 años que cumplen uno o varios de estos tres “requisitos”: presentar historia prolongada en el consumo de

drogas, haber sido afectados por la epidemia del VIH- Sida y compartir espacialmente la pobreza y procesos de estigmatización asociados tanto a la residencia en los barrios en los que se realiza el trabajo de campo como al consumo de drogas. Aunque no queda claro si la antropóloga estableció residencia en el campo, la evidencia aparece construida a través de entrevistas informales, relatos sobre experiencias, movimientos territoriales, cambios en las relaciones sociales. Esta evidencia empírica, de la que se extraen numerosas categorías nativas referidas al consumo de drogas, es constantemente revisada, contrastada y puesta en discusión con categorías conceptuales a lo largo de todo el texto.

El libro consta de once capítulos analíticos¹, divididos en dos partes.

Para indagar el modo en que se (re)configuran las relaciones sociales en estos barrios, atravesadas por el consumo de drogas, la autora toma el *transar* como una categoría -nativa y analítica a la vez- que define el modo en que se desarrollan las transacciones en lo que ella define como una *economía moral*.

Oponiéndose tanto al modelo mercantilista² y al modelo ecológico³ de la Escuela de Chicago, la autora apela al *intercambio de dones*, lo cual le permite visualizar relaciones cualitativas entre los sujetos. De este modo, el análisis requiere la inclusión de dimensiones referidas a la obligatoriedad de los intercambios, las “deudas”, las temporalidades de la tolerancia a las mismas y los “códigos” de dichos intercambios. Por lo tanto, se abordan las desigualdades, las asimetrías, el poder y la dominación tramitados en estas relaciones. El transar, entonces, es abordado en dos dimensiones: como táctica de intercambio y como tecnología productora de subjetividades. Sin llegar a ser una relación total, la autora afirma: “*La microdinámica del transar, se convierte en una de las maquinarias por la que los vínculos, los sujetos y los cuerpos quedan capturados en las regulaciones de esta economía*” (Epele, 2010: 71).

A partir de los relatos, la autora se propone reconstruir la historia de la formación de esta economía. A este respecto, se identifican tres momentos sucesivos en el tiempo y que se corresponden con una forma específica de consumo de cocaína.

En primer lugar, la *lógica del compartir*, ubicada a fines de los años '80 y principios de los '90, cuando la sustancia de consumo era la cocaína inyectable. Aquí, el radio de inclusión de usuarios/as era el mismo que el de consumo, y el consumidor aislado constituía una excepción. Las situaciones de consumo siempre se daban con otro-usuario, no sólo por el compartir la droga, sino también por la ayuda que requerían la

¹ Con esto me refiero a que no encontramos instancias netamente descriptivas, sino que en los capítulos la descripción etnográfica se entreteje con el análisis conceptual y teórico.

² Conjunto de teorías que basan el intercambio de mercancías en un sistema de equivalencias, basado en relaciones cuantitativas.

³ Paradigma culturalista que aborda el uso de drogas, encarnando en sus análisis una mirada marginal y culpabilizadora de los usuarios/as de drogas. Establece a los sujetos en enclaves subculturales (y desviados), aun cuando las investigaciones *in situ* contradigan estos supuestos.

práctica de la inyección y el control de sobredosis. Si bien los barrios no constituían enclaves territoriales cerrados, el consumo se realizaba en el barrio y a puertas cerradas. La autora identifica, además, la presencia de redes con estructuras jerárquicas de poder, liderazgos, donde existía —más explícitamente que en las instancias sucesivas— un catálogo de lo prohibido y lo permitido.

A mediados de la década del '90, con posterioridad a la epidemia de VIH-Sida y a la muerte de antiguos y reconocidos usuarios de drogas, la autora nos presenta la *lógica empresarial*. En contraste con la instancia anterior, la aspiración de cocaína —correspondiente a esta fase— surge como una práctica individual e individualista. Eran tiempos de escasez de sustancia, por lo que no se compartía lo que se tenía (esto lleva también a una aceleración y una modificación en los términos de intercambio y la tolerancia a las deudas: “la segunda te la vendo”) y, además, era una práctica que no requería de un “saber hacer” (como el “picarse”) y que podía llevarse a cabo en cualquier lugar.

Como última y tercera instancia, ubicada a principios del 2000, aparece el consumo de la pasta base / paco (PB / paco) y de las pastillas (Rohypnol, Rivotril, Artane) combinadas con alcohol, con lo que se abre la nueva *lógica del consumir(se)*. Este tipo de sustancias van apareciendo como la “droga de los pobres”, en tanto la cocaína encarecía sus costos y era cada vez más cortada con otro tipo de sustancias que le hacían perder pureza. Esta nueva lógica, además de acelerar los tiempos de consumo (pues “pega” generando “flashes” cada vez más cortos, lo que lleva al consumo de cada vez mayor cantidad de “bases”), modifica el *transar* como dinámica de intercambio. Con la falta de dinero, las transacciones por PB / paco comienzan a realizarse por ropa, zapatillas, equipamiento doméstico y sexo (sexo por dinero fuera del barrio o sexo por “bases” dentro y fuera de las parejas establecidas). La lógica de consumir cada vez más cantidad de sustancias tóxicas se combina con el consumirse, entendido como una degradación física, visible en la pérdida de peso y en los innumerables “olvidos” cuando los/as usuarios/as experimentan un “flash”.

Estas tres lógicas que estructuran el análisis son cruzadas con otras variables que contribuyen a visualizar los cambios operados en el lazo social, a la luz de las modificaciones en el consumo de drogas.

Estructurada en torno a las *viejas y nuevas moralidades*, aparece la referencia a los cambios o ausencia de “códigos”, elaborados por los actores en torno a la imagen de un pasado en el que la solidaridad, la confianza y la ayuda recíproca eran dominantes en las relaciones. El progresivo crecimiento numérico de los barrios en estudio, el hacinamiento y la creciente pobreza incrementaron la expulsión de los jóvenes a las calles o esquinas, vistos también como lugares de consumo. Estos elementos también expresan un conflicto generacional y una mirada desde los adultos como “jóvenes perdidos”. Las relaciones de género y de pareja⁴ también se ven alteradas por estas modificaciones. Aparece cada vez más en los relatos el “rescate por amor”. En general,

⁴ La autora se refiere únicamente a parejas heterosexuales.

aparecen mujeres no consumidoras (las “buenas pibas”) que, desde lo afectivo y la retórica del romance, son puestas como encargadas del cuidado y la supervivencia de sus parejas consumidores y de la persistencia del vínculo. El romance es abordado como política informal y privatización del cuidado ante el crecimiento de la relación de sospecha y desconfianza mutua sobre el sistema de salud, presente en estos barrios a través de las “salitas”. A medida que se fue generando un dispositivo judicial – sanitario, a través del cual se efectuaban denuncias por consumo y se ofrecían internaciones (en general compulsivas) como respuesta única al consumo de drogas, los/as usuarios/as dejaban de confiar en el personal de salud, y depositaban el “rescate” y el tratamiento en los otros-pares.

Paralelamente, la presencia de familiares muertos en los relatos de los informantes, las muertes sucedidas durante el trabajo de campo y las muertes de adolescentes, hicieron de la “muerte joven” una problemática emergente. Más allá de la vinculación analítica con lo que la autora denomina la *muerte social*⁵, María Epele señala que lo predominante en los relatos nativos es la incertidumbre, que es vista como una forma de padecimiento y también como una política de dominación.

A través de este recorrido que vincula las modificaciones de las relaciones sociales con el consumo de drogas, la autora no pierde de vista la pregunta inicial de la investigación: la pregunta por el lazo social. De este modo, y a partir de las evidencias reseñadas hasta aquí, María Epele concluye en que al ritmo en que estas economías de la marginación cambiaron los vínculos sociales, se fueron desarrollando prácticas, estrategias, redes sociales y demandas al Estado cargadas de politicidad. Entendida en un sentido amplio, se adjudica esta politicidad a las nuevas relaciones no sólo por oponerse a la lógica del poder buscando contrarrestar sus efectos, sino también porque buscan intervenir en el bienestar, la salud y la supervivencia de los jóvenes de estas poblaciones. Sin embargo, por ser dependientes del azar, se trata de dinámicas y relaciones cargadas de fragilidad, constantemente expuestas al fracaso.

⁵ Estas muertes aparecen referidas a los procesos generales de exclusión y estigma, en tanto que intervienen de manera rápida y directa en el deterioro corporal y fisiológico. La precariedad y la fragilidad se corporizan. Los conflictos cotidianos por el “achicamiento del mundo” que generan los procesos de marginación provocan una mayor exposición a enfrentamientos violentos o conducen al suicidio. La antropóloga refiere que en el transcurso del trabajo de campo pudo registrar una modificación en las expectativas de durabilidad de la vida de los vecinos de los barrios transitados. Primero existía una referencia a los 30 años como edad límite, que se convirtió luego en un “Acá nadie pasa los 20”.